

## La leyenda del pescador Taawè

Esto que te voy a contar sucedió hace muchísimo tiempo, cuando todo era caza y pesca en la aldea Rihatta. Los que cazaban se adentraban en las frondosas selvas vírgenes, desafiando los peligros que se les presentaban, espantando a las aves de los tres ojos. Los que se dedicaban a la pesca eran grandes héroes, porque para ellos no existía ni viento ni trueno que les impidiera hacerse a la mar y luchar contra el gran pez de la cola gigante. Entonces vivían aún en el mar los peces grandes del chorro en la espalda, y los grandes héroes luchaban a muerte hasta abatir al pez gigante y león del enfurecido mar, porque los hombres le quitaban a sus hijos. Y cuando moría el gran pez, todo el mundo saltaba de alegría, porque todos tendrían su parte.

Entre todos los hombres que se dedicaban al oficio de la pesca, entre todos los que sin miedo se enfrentaban a los peligros del mar, algunas veces tranquilo y otras veces agitado, entre todos esos hombres y héroes grandes, había uno muy famoso, conocido en toda la aldea por su bondad, su simpatía, su generosidad, su sensatez y valentía, y por los grandes peces que llevaba a la aldea para alimentar a todos los aldeanos. El hombre famoso, bendecido por los ancianos, adorado por las mujeres *baribèbi'ö*,<sup>1</sup> querido por los niños y modelo de los mozos, a ese hombre famoso le llamaban Taawè.

Cuando dijo que quería contraer matrimonio, le buscaron a la esposa más fiel y perseverante entre todas las doncellas de la aldea. Era una moza muy linda y hacendosa, de rostro suave y de permanente sonrisa. Dicen que sus cabellos no habían sido cortados desde que su madre le trajo al mundo y que por eso le habían crecido tanto. Sólo las ancianas de la aldea podían trenzarla, porque así lo habían establecido los grandes espíritus. El día que la llevaban a la casa del pescador Taawè, todos los miembros de su humilde familia llevaron varios presentes, unos en cestos y otros directamente puestos sobre sus cabezas. Aquel día hombres, mujeres y niños, todos bailaron, porque se estaba casando la primera doncella, la joven y bella esposa de Taawè, la de las trenzas largas y brillantes. Todos habían colaborado en la construcción de la casa del gran Taawè y todos admiraban a la joven esposa, la de la sonrisa permanente. Y así se casó la joven doncella.

Cada vez que Taawè se hacía a la mar su joven esposa sufría porque como todo el mundo, niños y mayores, sabía que los hombres que trabajaban en el mar a veces no volvían a Rihatta, porque eran devorados por el mar. Mientras la joven esposa esperaba a su esposo, pasaba los días cantando las heroicas odas a aquellos grandes hombres que hoy pueblan la tierra cubierta por el agua azul y a la vez misteriosa. Y la joven esposa, la de los cabellos trenzados sin hilo, la de la piel suave y cuerpo untado con *toola*,<sup>2</sup> la de la sonrisa permanente, pasaba los días y muchas noches tejiendo una manta para

<sup>1</sup> Fue una asociación de mujeres que tomó el nombre del dios Ebi'ö.

<sup>2</sup> Toola: es una masa rojiza que se obtiene de las hojas del árbol bötoola; estas hojas son molidas y mezcladas con ceniza y aceite de palma. Con la masa se untan las doncellas para resaltar su belleza.

que su esposo la llevara con él. Y cuentan que con esa manta aparece Taawè sentado en lo alto de las olas cuando el mar está alborotado. Y la gran esposa tejió la manta y un cordón con las fibras de abacá, el platanero estéril que jamás dio fruto alguno. Y el esposo llevó ese cordón en su cintura, amuleto eficaz contra los malos vientos y contra los malos espíritus. Y Taawè regresaba del mar, sano, con mucho pescado. Era tanto el pescado que diez hombres como él no bastaban para llevarlo a la aldea Rihatta. Y otros hombres le ayudaban. En la aldea era fiesta. Las mozas en flor bailaban sin pudor y las mujeres baribèbi'ö (las mujeres del Dios Ebi'ö, el del encanto masculino y delirio de las mujeres) entonaban alegres coplas, entre la luz del gran fuego que iluminaba sus codiciados cuerpos. Y cuentan que un día los hombres del mar mataron a Taawè. Y los hombres le pidieron que formara una cofradía de pescadores con ellos. «Vuestra idea es buena», les dijo Taawè, «pero mi cayuco es pequeño y en él no caben más de tres hombres». Y los hombres del mar construyeron un cayuco más grande, el más grande de cuantos se habían visto en la aldea y sus alrededores. La gente cantó la noticia. La gente lloró la noticia. Y Taawè pasó mucho tiempo sin hacerse a la mar, porque el gran cayuco nacía lentamente. Y Taawè construyó una casa más grande, la casa del único poste en el centro, la fuerza de su hogar, el poder contra los malos espíritus y el camino de los dioses para bajar a su hogar. Y así nació el gran cayuco, el más grande de cuantos se habían conocido. Y la joven esposa de Taawè anunció su estado de futura madre. Y la noticia causó gran alegría en la aldea Rihatta. Fue un día grande, porque se celebraban dos acontecimientos: había nacido el cayuco y nacería el hijo del gran pescador Taawè.

Por la mañana, muy temprano, antes de que saliera el rocío del alba, los hombres de la pesca abandonaron la aldea para hacerse a la mar. Fue un día grande, porque llenaron el cayuco de peces grandes y jamás vistos. Y regresaron a la aldea después de tres días. La gente celebró la suerte de esa primera salida. Todos tuvieron su parte, porque según se cuenta, en la aldea Rihatta, los beneficios del primer trabajo son para todos y hay que repartirlos entre todos. Y Taawè escogió la mejor parte para su joven esposa, la de los cabellos trenzados sin hilo, la futura madre de su hijo, para que comiera bien y diera a luz un hijo sano y fuerte. Los hombres del mar fueron asistidos por la fortuna. Hubo pescado en abundancia para todos; mostraron valor ante el peligro, y unidad entre todos fue su lema. Y los hombres del mar volvieron a su quehacer. Pasaron muchos días, pero cuando la gente empezaba a preocuparse, cuando todos pensaban en un final trágico, los hombres del mar volvieron, pero con ellos no estaba Taawè, el gran pescador, el más grande de cuantos han sido pescadores en la aldea Rihatta, el terror de los truenos, el delirio de las esposas, el águila del mar. Taawè no regresó con ellos. La gente preguntó por él, pero sus cofrades contestaron que les había dejado antes de que llegaran a la aldea, porque quería visitar una pequeña finca en el vecino caserío de Ityakabissi. Pasaron los días y el gran pescador Taawè no regresaba. Y su esposa dio a luz un hijo varón, fuerte. Los ancianos solicitaron la comparecencia de los antiguos amigos de Taawè, y de nuevo les preguntaron qué había sucedido. «Taawè nos abandonó cuando nos acercamos a la aldea», dijeron, «porque tenía que visitar una pequeña finca en el vecino caserío de Ityakabissi.» Otros pescadores nuevos ofrecieron su ayuda a la joven esposa del malogrado Taawè. Los ancianos visitaron la choza sagrada del gran Velador, para quien no existen secretos ni en la vida ni después de ésta.

Y el Velador les dijo: «El único que puede decir cómo murió Taawè es su hijo recién nacido». Los ancianos preguntaron cómo podría hablar un niño que ni siquiera llevaba siete días en la tierra. «Dejadle que crezca», les dijo el gran Velador,<sup>3</sup> «después, él mismo dirá todo, porque yo no puedo decirlo; así me lo han aconsejado los dioses.» Los ancianos regresaron y callaron el secreto a la gente que les preguntaba. Y el niño creció, fuerte, sano, fiel retrato de su malogrado padre Taawè. En la aldea empezó a faltar pescado, porque los cofrades de Taawè habían atemorizado a los demás pescadores con romperles los cayucos si no vendían el pescado que llevaban a la aldea.

Y llegó el día tan esperado. La madre de Kööbi, el hijo del gran héroe Taawè, llevó sus enseres y cuencos al río Eööla para lavarlos. En la transparencia de la cristalina agua vio una pequeña concha, y se la llevó a su hijo Kööbi. Y la pequeña concha bailó en la palma de la mano del niño, y misteriosamente el niño cantó de esta manera:

ë nta, ë nta  
 a-ialessi bððbè bó mma'tya,  
 a-tyí-aja nà a boobè bó mma'tya ba-tyi-iàlooð  
 i ñtywè ë lð,  
 i ñtywè ë lè, ióö;  
 i na ë-ló wàttò n-kö wattò,  
 i na ë-ló böriibà n-kö böriibà,  
 i na ë-ëpöròð kòppa bëtyubbà éppa  
 i nèbae n-kööpwa'o,  
 a bessö ba-tà-sàribèpéppè  
 bè bè-órà Taawè,  
 ë lè pè'a Taawè, ë lè pé'a Taawè...<sup>4</sup>

Y la madre cogió a su hijo y le llevó ante los ancianos de Rihatta. Éstos llevaron al niño a un lugar apartado de la aldea y escucharon lo que el niño cantó. Así se cumplió el oráculo del gran Velador, para quien no existen secretos ni en la vida ni después de ésta. Entonces sonó el *bötyu'tyu*,<sup>5</sup> y todos los aldeanos se concentraron en la plaza de la aldea. Los ancianos volvieron a hacer la misma pregunta a los antiguos amigos de Taawè, pero éstos dieron la misma respuesta. Uno de los ancianos se acercó al hijo

<sup>3</sup> Velador: es el siervo de los dioses, el enlace entre éstos y los hombres. Vive en la choza sagrada o Rohiä; es el encargado de velar por el pueblo y sus habitantes.

<sup>4</sup> Traducción aproximada del texto del canto:

Padre, padre  
 Acompañado de gente de mal  
 Y no sabía que la gente de mal no se acompañaba.  
 Un pez aquí,  
 Un pez allá,  
 Si está en el cayuco, allí estoy,  
 Si está en la orilla, allí estoy,  
 Si lo parten los tiburones  
 Me parten también a mí,  
 La gente desalmada mató a mi padre Taawè,  
 La pequeña concha, Taawè, ...

<sup>5</sup> Bötyu'tyu: instrumento de viento hecho con madera o con el cuerno de búfalo; con él se comunican las aldeas vecinas como Rihatta e Ityakabissi.

del gran pescador Taawè y dijo: «Este niño no tiene edad para saber hablar correctamente, y no puede hacerlo si no le asisten los dioses. Vosotros conocisteis a su padre, el desgraciado Taawè, un hombre en el que todos confiábamos. Cuando fuisteis a verle para que os aceptara como amigos no lo pensó dos veces. Trabajasteis durante mucho tiempo y en nuestra aldea no faltó pescado. Ahora tenemos que comprar el pescado y el que no tiene *tyìbò*<sup>6</sup> se queda sin su parte. Este niño no sabe hablar, pero nos dirá algo que no habéis querido decirnos». Y la madre sacó la pequeña concha y se la entregó a su hijo Kööbi. Cuando la concha empezó a bailar en la palma de la mano del niño, éste cantó de nuevo:

ë nta, ë nta  
 a-ialessi bòdòbè bó m̀ma'tya,  
 a-tyí-aja nà a boobè bó m̀ma'tya ba-tyi-iàloòò  
 i ñtywè ë lò,  
 i ñtymè ë lò, iòò;  
 i na ë-ló wàttò n-kò wattò,  
 i na ë-ló bòriibà n-kò bòriibà,  
 i na ë-èpòròdò kòppa bëtyubbà éppa  
 i nèbae n-kòópwa'o,  
 a bessò ba-tà-sàribèpéppè  
 bè bè-òrà Tàawe,  
 ë lè pé'a Taawè, ë lè pé'a Taawè, ...

Fue un gran día, porque todo el mundo supo al fin cómo había muerto el malogrado Taawè, el más grande de cuantos pescadores se habían conocido en la aldea Rihatta. Y todos pidieron justicia. Los criminales fueron obligados a confesar. Ellos habían echado al agua a Taawè y cuando quisieron golpearle con sus remos, una ola gigante le cubrió y vieron cómo un enorme pez se lo llevaba muy deprisa. Los demás pescadores pidieron venganza. Los ancianos se reunieron y acordaron que los desalmados amigos de Taawè merecían el mismo castigo. Y les llevaron al mar para ahogarles en las enfurecidas aguas. Pero la esposa del desaparecido Taawè, la de los cabellos largos y trenzados sin hilo, pidió que en lugar de echarles al mar se les condenara a vivir errantes el resto de sus días, porque de esta forma se acordarían eternamente del crimen cometido. Y así se acordó. Y los mensajeros divulgaron la noticia por todos los alrededores para que nadie les diera cobijo. El cayuco grande, el más grande de cuantos se habían construido en Rihatta, pasó a ser de la ya triste y joven esposa de Taawè para que lo entregase a su hijo Kööbi cuando éste alcanzara la edad suficiente para seguir el ejemplo de su desconocido padre. Pero la madre lo rechazó, y prefirió entregarlo a los demás pescadores que le habían ayudado, porque el cayuco de Taawè, el que todavía seguía amarrado, aquel que no podía llevar más de tres hombres, sería para su hijo Kööbi. Y los desalmados pescadores fueron expulsados de la aldea Rihatta. Desde entonces no faltó pescado en la aldea, y volvieron la tranquilidad y la paz, y las mujeres baribèbi'ò cantaron odas heroicas al gran pescador Taawè.

<sup>6</sup> Tyìbò: son pequeñas esferas de algunos moluscos fosilizados. Tenían un gran valor en la época y la gente lo llevaba como adorno aprovechando acontecimientos sociales. Era el símbolo de la riqueza material. Podían llevarse en carreras o collares en el cuello, como pulseras en la muñeca, como grandes cinturones, etc.